

SOBRE LA CRISIS DE NUESTRO TIEMPO

CARLOS ALBERTO EGÜES
Profesor Adjunto de Historia de las
Ideas Políticas.

"Cuando las sociedades no están dominadas por un pensamiento común que sirva de centro a todas las inteligencias, cuando no reconocen un dogma o un principio bastante poderoso para imprimir un carácter de unidad a todos sus esfuerzos y para establecer la apetecida concordancia entre todas las voluntades, las sociedades son víctimas de una decadencia precoz, su vida orgánica se entorpece, su vida intelectual se apaga, el individualismo las invade, un malestar íntimo y profundo las devora y un estúpido indiferentismo consume su perezosa y lánguida existencia".

Juan Donoso Cortés

Introducción.

Es un hecho por demás evidente que el mundo actual padece una de sus crisis más agudas. La inestabilidad política, económica y social, el relajamiento moral, la apatía religiosa, el escepticismo generalizado, el descreimiento ante los valores tradicionales, etc., no son más que manifestaciones de una única situación de crisis.

Pero, a la vivencia generalizada de la situación crítica, es decir, al convencimiento prácticamente unánime de que ella existe, se suma la intuición de que no se trata de una de las tantas crisis que la humanidad ha tenido que enfrentar, sino que estaríamos en presencia de una particularmente grave y, por lo tanto, de muy difícil solución.

Es precisamente esta última circunstancia la que más nos preocupa y tratamos de analizar: ¿dónde radica la especial gravedad que esta situación presenta? No dudamos en afirmar que la causa común a las diversas manifestaciones de la crisis, es la **carencia de fines sociales que orienten el accionar común.**

1 . La importancia de la finalidad en el obrar humano y en el orden político.

En el orden práctico, es decir el orden del obrar humano, el fin es el principio de la acción, o **dicho** de otro modo, "... todo lo que se realiza, se realiza a la vista de **un fin**"¹.

El fin se presenta al **hombre como** lo deseable, lo por alcanzar, la meta hacia la cual se dirigen sus **actos**. Ocupando el último lugar en el orden de ejecución, tiene en cambio, prioridad en el orden de intención ².

Resulta pues imposible pensar en una conducta carente de motivación, en un obrar humano sin dirección, salvo claro está, el campo de lo patológico.

El carpintero, antes de realizar una mesa, debe previamente pensarla, diseñarla. Y cualquier acto humano, que sea realmente tal, presupone un fin propuesto por la inteligencia y una voluntad libre dirigida a la consecución del mismo. En este sentido decimos que **el fin es lo primero**.

En el orden político la importancia de la finalidad no es menor. Por el contrario, es tanto más relevante, cuanto que está en juego la dirección y unidad de las conductas de **todos** los miembros del cuerpo social.

Para una mejor comprensión del problema, conviene considerar al Estado o sociedad política por sus causas, conforme lo hace el pensamiento tradicional. En breve síntesis, recordemos que la causa eficiente de la sociedad política es la naturaleza humana, como impulso primario del hombre a asociarse. Impulso que es libremente querido, voluntariamente actualizado, aquí y ahora, en estas circunstancias concretas de tiempo y lugar, por un conjunto de individuos determinado³.

Dicho conjunto de individuos constituye la materia o causa material del Estado, mas no como una masa amorfa de seres individuales, sino relacionados entre sí, agrupados en las múltiples formas de comunidades intermedias que reconocen también su origen en la necesidad asociativa del hombre.

Pero toda sociedad política se nos presenta como una unidad comprensiva de una multiplicidad de sociedades menores. Lo que confiere unidad a la multiplicidad del cuerpo social es el orden, definido por Sánchez Agesta como la "... distribución de cosas

(1) GARRIGOU-LAGRANGE, Réginald, **El realismo del principio de finalidad**, Bs. As., Ed. Desclée, 1949, pág. 77.

(2) *Ibíd.* p. 113.

(3) GALÁN Y GUTIÉRREZ, Eustaquio, **La filosofía política de Santo Tomás de Aquino**. Madrid, Revista de Derecho Privado, 1945, pág. 13.

y posiciones, coordinación de acciones, definición de esferas de acción, que da **unidad** a un proceso de relaciones humanas"⁴. El orden es pues, la causa formal del Estado.

Falta considerar la cuarta causa, que reviste fundamental importancia en el tema que nos ocupa. En efecto, en la noción del orden que hemos transcritto está presente ya la de fin. Pues todo orden supone un principio ordenador, en función del cual se lleve a cabo dicha distribución de cosas y posiciones, coordinación de acciones comunes, etc.; es decir, **todo orden de las acciones humanas supone un fin**, una meta, un objetivo a realizar en común.

Por ello agrega el autor citado: "En la idea misma del orden, como orden dinámico de voluntades humanas, que se realiza en un proceso de acciones, está implícita la idea de un **criterio vinal ordenador**, principio de distribución y coordinación de todos los elementos de la comunidad"⁵.

Hemos llegado así al meollo de la cuestión, al elemento capital de esta época de crisis. ¿Puede suponerse una comunidad política sin fines precisos que orienten el accionar del conjunto? De ninguna manera. Es más, no puede concebirse **orden humano** alguno sin esa cuota de asentimiento voluntario compartido respecto de los objetivos a alcanzar. Hasta la más imperfecta de las asociaciones conserva ese carácter en tanto y en cuanto está presente en sus miembros el fin común. Por el contrario, la maquinaria social mejor ensamblada, el más impresionante producto de las tecnocracias modernas, no pasará nunca de una mera yuxtaposición de individuos, si está ausente en ellos el sentimiento de participar de una empresa en común.

"El interno principio, la forma de una comunidad es, pues, su fin natural, porque el fin da unidad a la multitud amorfa. El fin es el objetivo común de la voluntad individual y del consentimiento; es el principio de unidad y el objeto de la actividad social cooperadora"⁶.

Así, tanto en el orden individual como en el social o político, el fin actúa, según acertada expresión de un autor, como "... una determinación del presente por el futuro"⁷, a lo que podríamos agregar, adentrándonos ya en nuestro problema, que toda crisis presente denota incertidumbre respecto del futuro deseado.

2. Consecuencias de importancia del principio de finalidad.

Del principio de finalidad expuesto surgen ciertas consecuencias que serán de fundamental importancia en el análisis de la crisis de nuestros días. Ellos son:

(4) SÁNCHEZ AGESTA, Luis, **Los principios cristianos del orden político**, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1932, pág. 5.

(5) *Ibid.* p. 166.

(6) ROMMEN, Heinrich, **El Estado en el pensamiento católico**, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1956, pág. 51.

(7) de FINANCE, Joseph, **Conocimientos del ser**, Madrid, Gredos, 1971, p. 423.

a) El fin es el criterio de la verdad práctica; es decir, en el orden del obrar humano, la acción será válida o verdadera en la medida en que se adecuó al fin propuesto.

b) El fin determina los medios. Sólo después de establecer el fin que guía mi acción, podré establecer los medios idóneos para su consecución.

c) Todo agente obra por un fin proporcionado, de tal modo que el orden de los agentes corresponde al orden de los fines⁸.

Las consecuencias enumeradas hacen resaltar la relevancia del principio de finalidad. Sin fin predeterminado no hay posibilidad de estructurar un orden, puesto que aquel es el principio ordenador. Sin orden no hay coordinación de acciones individuales ni subordinación de los distintos agentes. Por ende, no existe autoridad ni jerarquía.

Sin orden, autoridad ni jerarquía, no hay sociedad política, sino un mero conglomerado de individuos que pujan por la satisfacción de sus fines personales.

3. Noción de crisis.

Hemos aclarado en los puntos anteriores uno de los conceptos que nos interesa; corresponde ahora referirse a la noción de crisis.

La primera aclaración que debemos realizar, es que dicho término no es unívoco sino análogo y así se habla de crisis en el sentido de situación límite, punto álgido, momento máximo del desarrollo de un proceso. Por ejemplo cuando se dice que una enfermedad hizo crisis, o cuando se hace referencia a la crisis de 1929. En estos casos se está designando **un momento** determinado.

En otro sentido, "crisis" designa no ya un momento, sino un **proceso**, con una cierta permanencia en el tiempo, de tal forma que el "período de crisis" sería el lapso comprendido entre el comienzo de la declinación y el comienzo del restablecimiento.

Desde un punto de vista histórico-político —que es el que aquí nos interesa— llamamos "período de crisis" a aquellas épocas en que se produce una alteración, modificación o sustitución de la escala de valores imperante en un tiempo y lugar determinados. Dicho de otro modo, denominamos así al lapso que transcurre entre el momento en que comienza la declinación de una escala de valores imperante, hasta que cesan los embates contra ella, o es modificada o sustituida, renunciando la estabilidad.

Así considerada, la frase "período de crisis" designa un fenómeno complejo compuesto por una multitud de hechos que forman un proceso.

(8) GARRIGOU - LAGRANGE, Réginald, **op. cit.**, págs. 102 y 119.

Cabe hacer aquí dos aclaraciones: a) el momento de iniciación y el de culminación del proceso crítico son inciertos. No puede ponerse una fecha, no puede indicarse un hecho histórico determinado como comienzo del mismo, sin pecar de arbitrarios. Es más, en todos los momentos críticos de la historia, el hecho que se indica como inicial del proceso, hunde sus raíces, encuentra su explicación en acontecimientos anteriores. Nada en la historia es tajante. Ningún cambio, ni el más importante, sucede de un día para otro. Hay un hilo conductor, una relación íntima, subyacente a todo el devenir histórico.

b) El proceso crítico, como fenómeno complejo, está compuesto por una multitud de hechos. Considerados aisladamente, dichos hechos pueden ser valorados, en la medida en que tienen un comienzo, un desarrollo y un fin; pero a la crisis, como fenómeno total, sólo podemos valorarla una vez que todo el proceso se desarrolla alcanzando su propio fin de conjunto, es decir, una vez que se ha logrado o no la instauración de la nueva escala de valores.

4. Fin y crisis.

Hasta el momento nos hemos limitado a considerar —en forma por demás escueta— cuál es el contenido de los conceptos de fin y crisis. Nos proponemos ahora poner de manifiesto sus íntimas relaciones, para lo cual nos valdremos del análisis de algunas situaciones históricas.

En todos los períodos de crisis por los que ha atravesado la humanidad, estos dos conceptos se han hallado necesariamente emparentados. Toda declinación de una escala de valores imperante ha comenzado a gestarse lentamente y por signos que apenas hacían presagiarla. La revolución francesa, por ejemplo, no es más que el remate de un largo proceso de destrucción de los valores cristianos y de desgaste de las bases sobre las cuales dicho sistema se asentaba; proceso que tuvo su inicio en el renacimiento, continuó con la reforma y se demostró descaradamente soberbio con la ilustración. El período comprendido entre estos acontecimientos fue, como es lógico, de inestabilidad y desequilibrio. La lucha de las ideas, que en un comienzo fue algo tímido y casi imperceptible, se muestra con toda su virulencia a fines del siglo XVII y a lo largo del siguiente. Propia de las sociedades secretas y de los salones de moda, no tardó en hacerse pública y llega al 14 de julio para hacer efectivo el arribo al gobierno de una burguesía que había empezado a desarrollarse cinco siglos antes.

Pero durante todo este proceso el fin estaba presente. Se trataba de sustituir un sistema por otro: la escala de valores fundada en el pensamiento católico tradicional, por el esquema de los teóricos liberales.

Pero lo que más nos interesa señalar es que a lo largo de este período crítico, el hombre liberal se sintió seguro, sabía a donde iba,

sus acciones tenían un sentido, los medios que instrumentaba eran adecuados al propósito que perseguía, es decir, el fin presidía sus acciones.

Una vez instaurado el sistema de valores liberal, con sus fines específicos, se determinaron los medios para su consecución, se estableció una jerarquía entre ellos y, en fin, se estructuró un orden. No es del caso analizar aquí la verdad o falsedad del mismo, sino sólo anotar que a lo largo de todo este proceso, el hombre común, de acuerdo o no con las ideas de unos u otros, sabía que todo ese movimiento tenía una dirección, lo que le proporcionaba una cierta seguridad existencial. Diríamos, gráficamente, que el hombre sabía adónde iba, y por ende, estaba en condiciones de enfrentar o acompañar el movimiento existente.

En todas las crisis que se han sucedido la presencia de fines orientadores de la acción es una constante. En esencia todas se identifican en cuanto importan la sustitución de un régimen de vida por otro, pero teniendo en claro siempre **cuál es el otro régimen que se pretende instaurar.**

Y llegamos así a lo que consideramos la nota específica, caracterizadora de la crisis actual, que le confiere a su vez, esa peculiar gravedad a que hacíamos referencia al comienzo de este análisis: **el presente proceso crítico se desarrolla sin una orientación hacia fines pre-determinados.** Los sistemas de valores imperantes se desmoronan, pero no se sabe cuál los sustituirá. Las acciones que conforman el proceso no están orientadas a un fin de conjunto.

En efecto, si consideramos que la crisis comienza con la decadencia de la escala de valores imperante —fines de conjunto— como lo hemos hecho, es manifiesto que nuestra época se caracteriza como crítica precisamente por el desmoronamiento inevitable de los dos grandes sistemas que han compartido el liderazgo del mundo moderno: capitalismo y marxismo. En gráfica expresión Fraga Iribarne sintetiza esta situación cuando sostiene que ". . . en estas circunstancias, las estructuras sociales y políticas están como sumergidas en ácido sulfúrico"⁹.

Son evidentes los intentos desesperados de una y otra parte por evitar la caída. Tanto en unos como en otros surgen a diario los **neos**, las nuevas formas de marxismo y capitalismo que pretenden modificar parte de la ideología para salvar lo sustancial. Comienzan las concesiones, las alianzas, las combinaciones de todo tipo, en las que se mezclan inentendiblemente principios de uno y otro sistema, tratando de salvar las mutuas falencias. Esas pretendidas soluciones eclécticas son el signo más claro de que, tanto el marxismo como el capitalismo,

(9) FRAGA IRIBARNE, Manuel, **La crisis del Estado**, Madrid, Aguilar, 1958, pág. 7.

se encaminan hacia su destrucción. Donoso Cortés, observador inigualable de la historia, sostenía refiriéndose a una situación semejante: "Cuando se comienza a transigir sobre un principio, ese principio comienza a perder su imperio sobre las sociedades humanas; por esta razón, las transacciones son signos ciertos de que la dominación de un principio acaba y la de otro nuevo se anuncia"¹⁰.

En nuestros tiempos es manifiesto el abandono que los partidarios de uno u otro sistema hacen de los principios fundamentales que no hace mucho tiempo defendían.

Consideremos, por ejemplo, el caso marxista. Siempre se presentaron, como en toda doctrina, los heterodoxos, aquellos que con sus interpretaciones más o menos heréticas se separaban de la línea ortodoxa del marxismo-leninismo. Sin embargo un disidente como Eduard Bernstein, o aún un grupo reducido de ellos, no alcanzaba a constituir un signo de crisis interna del socialismo científico. Pero a partir del XX Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S. en 1956, el marxismo oficial comienza su propio proceso de crítica. Se inicia lo que los chinos denominaron el "revisiónismo soviético".

Lo fundamental, que aquí queremos hacer notar, es que a partir de 1956 asistimos a la ruptura de la unidad ideológica marxista. Así, en 1957 se produce la primer gran división del marxismo internacional: el conflicto ruso-chino; y como consecuencia del XX Congreso del P.C. surgen importantes movimientos disidentes en Polonia, Hungría, Bulgaria, Checoslovaquia y Yugoslavia.

El punto común de partida de todos estos movimientos, lo constituye ". . . la afirmación de que la evolución de la sociedad no corresponde a las teorías y prognosis establecidas por Marx y Engels"¹¹.

Con dicha afirmación nada queda de un sistema que reniega de sus propios hacedores. No es del caso aquí, desarrollar las múltiples causas que han llevado a la crisis del marxismo internacional. Lo cierto es que, si sus propios sostenedores niegan las premisas básicas sobre las cuales se asienta, y comienzan con urgencia una "revisión" que no es otra cosa que un "mea culpa", estamos más que autorizados a sostener que el marxismo está en crisis, que ha reconocido su incapacidad para dar solución a los problemas del hombre y la sociedad, que la escala de valores que pretendía imponer al mundo está en franca decadencia. **A confesión de parte, relevo de prueba.**

(10) DONOSO CORTES, Juan, **Relaciones entre Francia y España**, en Obras Completas, T. I, pág. 584.

(11) SPIEKER, Manfred, **Los herejes de Marx, Pamplona, EUNSA, 1977, pág. 31**. En general, para este tema de los distintos movimientos herético-marxistas, ver además: SORGE, Bartolomé, **La opción política del cristiano**, Madrid, B.A.C., 1976, págs. 75 y 88.; y RODRÍGUEZ DE YURRE, Gregorio, **Marxismo y marxistas**, Madrid, B.A.C., 1978, págs. 161 y siguientes.

Algo similar ha ocurrido con el capitalismo, en el que no han faltado los disidentes **neoliberales**, como Wilhem Röpke o Walter Lippmann, que han puesto en tela de juicio las afirmaciones fundamentales del liberalismo¹². Pero la crisis del capitalismo liberal se torna notoria, cuando se consideran dos hechos de fundamental importancia: su transacción con la democracia y, como consecuencia de ello, su negación en el campo de la realización práctica, de sus postulados doctrinarios esenciales.

En efecto, la primera gran transacción del liberalismo fue con la democracia. Esta afirmación puede llamar la atención al hombre moderno, puesto que en nuestros tiempos se llama democracia a "... un grupo bastante matizado de formas demoliberales"¹³.

Lo que nosotros hemos conocido no es el liberalismo puro, ni el capitalismo como su forma de realización económica, sino el resultado de esa primer gran concesión que el liberalismo se vio obligado a hacer a su antítesis, la democracia. Uno y otro se rechazan por naturaleza, por sus postulados esenciales, pero se unieron por necesidad. Hemos vivido la forma híbrida, es decir, la decadencia del sistema que se vio precisado a entenderse con su principal opositor¹⁴.

El espíritu liberal, individualista y desconfiado del poder estatal, ha muerto a manos de la democracia masificadora e igualitaria. Para sostenerse en el poder, ha modelado un estado intervencionista y burocratizado que constituye el más acabado ejemplo de su fracaso. O como ha dicho François Gaucher "... el estado multiforme ha matado al estado liberal"¹⁵.

Esta breve descripción alcanza para puntualizar los signos de la decadencia de ambos sistemas, y no tiene más pretensiones que hacer patente que dicha crisis existe, que aún sus propios sostenedores dudan del acierto de sus postulados y tratan de salvar, mediante la transacción y la "revisión", un sistema que saben precario.

En resumen, los dos grandes sistemas que en los últimos tiempos se han disputado el dominio del mundo han sostenido, allí donde ejercieron su poder, un conjunto de valores que han constituido los fines sociales orientadores del obrar común. Hoy nadie duda de que fracasaron en la realización de su ideal de convivencia social. Los valores que sustentaban han perdido la condición atractiva propia de todo fin. Las acciones de conjunto pierden su unidad al perder su referencia final, y el todo social reclama un conjunto de valores

(12) Cf. LIPPMANN, Walter, **La crisis de la democracia occidental**, Barcelona, Ed. Hispano - Europea, 1956.

(13) LABROUSSE, Roger, **Perfil de la democracia moderna**, Bs. As., Hachette, 1956, pág. 11.

(14) Para un desarrollo completo de sus diferencias, LABROUSSE, Roger, op. cit.

(15) GAUCHER, François, **La crisis de la democracia en un mundo en mutación**, en Revista de Estudios Políticos, Madrid, 1959, N° 106, pág. 181.

sustitutivos que llenen el vacío que van dejando los sistemas decadentes. Y es precisamente en este momento cuando la crisis se terna, a diferencia de las anteriores, particularmente grave: **nadie acierta a indicar cuál será ese nuevo orden.**

5. Consecuencias.

La carencia de fines comunes se manifiesta en la actividad toda de la sociedad. Podríamos afirmar que todos los desórdenes tienen su origen común en esta crisis de finalidad, Pero nos interesa considerar aquí ciertas consecuencias de particular importancia, y demostrar cómo en todas ellas subyace el problema de los fines.

a. Inseguridad existencial

Hemos dicho ya que el fin determina los medios idóneos para su consecución. Es esta una evidencia que no reclama demostración. Determino el fin de mi acción y, recién entonces, dispuesto a realizarla, establezco los medios más adecuados para alcanzarlo.

Hennis pone de manifiesto esta necesaria referencia de medio a fin cuando sostiene que "... los medios se refieren a los fines, y sólo cuando se han dado los fines y se ha planteado el problema puede comenzar la máquina científica de cálculo a calcular la relación entre medios y fines"¹⁶.

Ahora bien, determinar un fin y establecer los medios adecuados para su consecución no es otra cosa que **ordenar**. Dicho de otro modo, **el fin es el presupuesto del orden**. En el ámbito del obrar humano, el fin es el principio ordenador que confiere unidad y sentido al conjunto de los actos, encaminando las conductas a un mismo destino.

A su vez el orden es condición de la seguridad. Sin fines comunes no hay orden, y sin orden la vivencia generalizada es la inseguridad. Es que el orden social es el complemento externo del hombre, su apoyo, el marco de referencia que da sentido a su conducta individual y le permite un mínimo de previsión respecto de la conducta de los demás.

Sin orden social, el hombre queda limitado a sí mismo y a sus relaciones más próximas como, por ejemplo, las familiares. Carece de ese apoyo externo que la sociedad política debe prestarle; carece de ese marco de referencia en el cual adquiere sentido su conducta en relación con la de los demás; carece en definitiva, de ese fin común que confiere orden y seguridad.

Así, la inseguridad existencial que caracteriza a nuestro tiempo, no es otra cosa que la frustración de la natural ordenación

(16) HENNIS, Wilhelm, **Política y filosofía práctica**.

del hombre al bien común, pues éste no puede lograrse en la anarquía.

Este sentimiento de inseguridad va acompañado de un estado de ánimo cada vez más generalizado: **la angustia**. Y no puede ser de otro modo. "La angustia aparece con el vacío. . .", afirma con acierto Von Balthasar¹⁷, y la falta de fines comunes, de orden y de seguridad, hacen del hombre moderno un individuo aislado, un átomo en el vacío. El hombre de nuestro tiempo ve el futuro indefinido; sabe que los sistemas imperantes se desmoronan y no puede imaginar cuál será su sustituto; siente la necesidad natural a ordenarse al fin común, pero dicho fin no le ha sido propuesto; su previsión no puede ir más allá de lo inmediato. Vive pues, ante un **vacío** constante, ante la causa permanente de su angustia.

b. Individualismo.

En la inseguridad existencial se va gestando el individualismo más acérrimo. Privado el hombre de ese soporte externo que es el orden, y habiendo perdido la referencia final de su conducta social, no le queda más orden que aquel que él mismo le pone a su vida. Rota la necesaria relación con el bien común, su bien individual cobra una importancia desmesurada. Busca en los demás no ya el logro de una empresa común, que no está definida, sino los medios para el logro de su empresa personal. El prójimo no es el camarada en la lucha cotidiana por la realización del ideal compartido, sino quien le compra o le vende, quien favorece u obstaculiza la satisfacción de sus necesidades individuales.

Es el gran **sálvese quien pueda** de nuestros días. Pues sin el fin común que de sentido a las acciones del conjunto, que las ordene y le confiera unidad, necesariamente el fin personal de uno es opuesto a los de todos los demás y su logro impone la lucha. El **enfrentamiento de clases** del marxismo y la **preeminencia de los más aptos** del liberalismo spenceriano han hallado su campo más propicio. Uno y otro no han hecho más que sustituir la aspiración al bien común, como ordenamiento generoso del hombre a la comunidad, por un egoísta bien de la clase o del individuo. Destrucción del todo por sobrevaloración de las partes.

c. Pérdida del sentido nacional.

José Antonio Primo de Rivera definía con acierto a la Nación como "...una unidad de destino en lo universal..."¹⁸, empresa

(17) BALTHASAR, Hans Urs von, **El cristiano y la angustia**, Madrid, Guadarrama, 1959, pág. 130.

(18) PRIMO DE RIVERA, José Antonio, "Discurso sobre la Revolución española", en **El legado de José Antonio**, Madrid, Ed. del Movimiento, 1975, pág. 93.

común, por todos sentida y compartida, que concita las voluntades del conjunto social al logro del fin deseado, de la meta propuesta, impidiendo la dispersión de las energías individuales.

El sentir nacional es, precisamente, ese estado espiritual de una comunidad que percibe el llamado a la grandeza del destino; que siente, como fuerza vital y propulsora, la necesidad de plasmar su propio modo de ser político, aquí y ahora, en este tiempo y lugar, sin más precedente que su tradición, que no es otra cosa que el camino ya recorrido en su consecución. Impulso vital de los pueblos jóvenes, su carencia es el síntoma característico de los sistemas agónicos.

Ese destino común, voluntariamente querido, es precisamente el fin común al que hemos hecho referencia a lo largo de estas páginas. Es el bien propio de la sociedad política, último en el orden de la realización pero primero en el orden de la intención. Fin común que — a modo de faro— atrae hacia sí las conductas del conjunto de individuos y comunidades que integran la sociedad; que actúa como principio ordenador en virtud del cual cada hombre y cada grupo ocupa su posición en la jerarquía social; que sirve como único parámetro para juzgar a los pueblos en su proyección histórica.

Más que acertadas son las palabras de Hennis en este sentido, cuando sostiene: "Nosotros juzgamos a un hombre según la medida de la finalidad que ha puesto a su vida, según la idea por la que él la guía. No es diferente el criterio para juzgar la forma de vida de un pueblo"¹⁹.

Puede comprenderse entonces la particular gravedad de la crisis de nuestro tiempo. Por ser crisis de finalidad ataca el supuesto mismo de la comunidad nacional, su razón de ser, la tarea que tiene por realizar.

Pierde la sociedad la meta común y pierde al mismo tiempo su unidad, la "más honda unidad", como dice Millán Puelles²⁰, aquella que ". . . se engendra en la armonía de las voluntades cuando éstas tienen por objeto un fin común". Crisis de finalidad que es, en definitiva, crisis del sentimiento nacional, ausencia de ese lazo espiritual que se genera como consecuencia de la efectiva voluntad de realizar el destino común.

6. Conclusiones.

Esta rápida consideración de la crisis de nuestro tiempo nos sugiere una serie de reflexiones respecto de su posible desenlace.

(19) HENNIS, Wilhelm, op. cit., pág. 96.

(20) MILLAN FUELLES, Antonio, **Persona humana y justicia social**, Madrid, Rialp, 1973, pág. 39.

Hemos cargado intencionalmente las tintas respecto de la carencia de fines sociales, con el objeto de facilitar su entendimiento. En realidad no hay una ausencia total de fines. Si así fuera no habría sociedad política, y sin embargo esta es una realidad innegable.

Lo que ocurre es que los fines propuestos al obrar común carecen de esa condición atractiva que los debe caracterizar. Dicho de otro modo, no despiertan en el agente el deseo de alcanzarlos. Carecen de apetibilidad. Su función social se ha desdibujado y no hacen más que operar como propuestas —"hipótesis de trabajo" según gustan decir los planificadores — que desde su misma formulación se consideran inalcanzables.

La fraseología del capitalismo y del marxismo respecto de la sociedad futura va no tienta a nadie. El hombre actual está desengañado, carece de fe en el logro de objetivos comunes y, como lógica consecuencia, se encierra en su individualidad.

Sin embargo, ". . . el que el presente no sepa de ningún fin, no quiere decir que no se le haya dado como tarea ninguno. Quien no sabe lo que debe hacer sabe al menos que debe hacer" ²¹.

Y llegamos aquí a la paradoja mayor de nuestro tiempo, pues el hombre moderno, casi inconscientemente, se ha propuesto como fin la búsqueda de los fines. Desencantado ante aquello que le ofrecían se ha lanzado en DOS del sustituto, y no le encuentra. Carece de valores que orienten el accionar común, y su formulación es su meta.

Por ello la desesperación por lo **nuevo**, lo **distinto**, lo **no convencional**, el rechazo de la tradición y de lo clásico, el resurgimiento de las sectas seudoreligiosas y el enfermizo aferrarse a las propuestas más descabelladas.

"Lo más desconsolador no es la gravedad de los males, sino la pobreza de los remedios", afirma certeramente Fraga Iribarne ²². Es que, en definitiva, a nuestro tiempo no le sobran problemas, sino que le faltan soluciones.

Pero, ¿qué es lo que ha fallado? Para dar respuesta a este interrogante, el más importante que hasta ahora nos hayamos planteado, nos valdremos del íntimo paralelismo que existe entre la constitución del hombre y de la sociedad.

En toda sociedad hay un orden jerárquico natural, una distribución de funciones y tareas. Las distintas partes de ese todo encuentran su unidad en el fin común que las orienta. En tanto cada parte cumple adecuadamente con su función y se ordena al fin común, la sociedad vive en equilibrio.

Por el contrario, es suficiente que una de esas partes deserte, para que el todo social se desequilibre y el orden se transforme en

(21) HENNIS, Wilhelm, *op. cit.*, pág. 99.

(22) FRAGA IRIBARNE,, Manuel, *op. cit.*, pág. 22.

caos. En el hombre existe también ese orden, esa distribución de funciones y tareas que encuentran su unidad en el fin común: el acto humano.

La inteligencia propone los fines a la voluntad, siendo la prudencia la que determina los medios más adecuados para que la voluntad realice los fines propuestos.

Este aparentemente sencillo mecanismo hace que el hombre vaya realizando su vida. Sin inteligencia perdería sentido su conducta, el hombre carecería de fines, erraría sin rumbo, en fin, enloquecería. Sin voluntad su inteligencia permanecería en un constante estado deliberativo, proponiendo fines que quedarían sin realización. Sin prudencia, inteligencia y voluntad carecerían del nexo que hace de una propuesta consentida, una realidad.

Siguiendo con el paralelismo, vemos que en la sociedad hay quienes cumplen las mismas funciones que hemos señalado en el hombre.

Los intelectuales son aquellos que realizan en el cuerpo social la tarea que en el hombre efectúa la inteligencia. Son la inteligencia social. Quienes a través de su conocimiento de la sociedad en que viven, de la tradición y de las posibilidades futuras, proponen los fines sociales. Aquellos que han de orientar el accionar común.

La totalidad de los integrantes de la Nación, constituyen la voluntad que consiente y realiza. El pueblo es pues, una voluntad abierta a la propuesta, una voluntad que, como en el hombre, busca inconscientemente, necesariamente, el bien común, la tarea a realizar en conjunto.

Pero esa voluntad que quiere realizar el fin que se le propone requiere previamente que se determinen los medios, los carriles más adecuados para la consecución de la meta deseada. Y, como en el hombre, corresponde a la prudencia esta función. La prudencia será quien actúe como nexo entre la voluntad social y la inteligencia social. Y la prudencia social es función propia de los políticos.

Intelectuales, pueblo y políticos son los puntales de la sociedad política. Falte, uno de esos sectores o no cumpla acabadamente su misión y asistiremos al desorden y a la crisis.

Llegados a este punto comprendemos que la crisis de nuestro tiempo, siendo crisis de finalidad es, por ello, crisis de la inteligencia social.

El cuerpo político no carece de voluntad nacional ni de políticos prudentes. Sí le falta en cambio, una intelectualidad lúcida que, a través del conocimiento de la historia, de las posibilidades presentes y de una clara percepción del destino nacional, cumpla su misión principal: desentrañar y proponer a la comunidad nacional los fines que orienten el accionar común.

La crisis de la inteligencia es crisis de finalidad que se resuelve en la pérdida del elemento unitivo, el bien común, la empresa nacional

compartida, que posibilite el orden y el equilibrio jerárquico de los diferentes sectores sociales.

Si algún sector desvaría en nuestra sociedad moderna, es precisamente el de los intelectuales. Parece que hubieran perdido conciencia de la enorme tarea que deben realizar. La proclamación del "recto orden social" que de ellos reclamara Alois Dempf²³ comienza por lo primero: la proposición al cuerpo social, a la voluntad nacional, de los fines que orientarán el accionar de conjunto.

Dijimos antes que el hombre que pierde su razón enloquece. Pues bien, la comunidad que carece de una inteligencia social lúcida, está desprovista del fin que oriente la voluntad nacional y condenada irremisiblemente a la anarquía, que no es otra cosa que la locura de los pueblos.

Hemos tratado de establecer, a lo largo del presente trabajo, cuál es la causa última de la crisis de nuestro mundo moderno, concluyendo que ella radica en la carencia de fines orientadores del accionar social.

No queda duda alguna de que, frente al vacío que vive el hombre contemporáneo, la necesidad habrá de imponerle un esfuerzo poco común para establecer la nueva escala de valores, los nuevos fines de conjunto que satisfagan su natural necesidad de orientación.

Sería motivo efe otras reflexiones, quizás mucho más extensas, determinar cuáles serán esos nuevos valores que habrán de sustituir a los sostenidos por los sistemas decadentes. Sin embargo, conviene adelantar que no creemos que los mismos sean totalmente nuevos, basados en principios en un todo distintos a los que hasta ahora el hombre ha conocido. No comulgamos con la fe progresista que espera una sociedad futura que irrumpa en la historia del hombre, vaya a saber por qué milagro cósmico, generando formas de vida social totalmente distintas, con individuos saneados de defectos e imperfecciones.

Creemos en cambio, que siendo el hombre —este hombre concreto con sus defectos y virtudes— el eterno protagonista de la historia, la nueva empresa común que habrá de proponerse en superación del individualismo y colectivismo imperantes, abrevará necesariamente en la concepción realista de lo social que un día, por soberbia, abandonó. Por ello queremos cerrar estas consideraciones con las sabias palabras de Chesterton, cuando sostenía que la profunda crisis del mundo moderno no era tanto la consecuencia de errores nuevos, sino el efecto de olvidar antiguas verdades.

(23) DEMPFF, Alois, **Sociología de la crisis**, Madrid, Rialp, pág. 27.